

Orden global, desorden local. Silvicultura e industria forestal en Misiones y Corrientes (Argentina)

Global order, local disorder. Forest agriculture and industry in Misiones and Corrientes counties (Argentina)

Sebastián Gómez Lende*

Recibido: noviembre, 2008 / julio, 2009

Resumen

Híbrido de verticalidades y horizontalidades, el espacio geográfico conoce actualmente un movimiento unificado de imposición del orden global y producción del desorden local. La agricultura forestal y la industria a ella asociada constituyen en Argentina, manifestaciones visibles de un acontecer jerárquico comandado por el capital extranjero. Normas y riquezas determinan que el nordeste correntino y Misiones se encuentren entre los mejores sitios del planeta para la instalación de forestaciones exóticas y plantas de celulosa. Se concreta así un proceso de racionalización basado en la homogeneización formal y funcional de los lugares, a partir de la propagación de objetos concretos y acciones pragmáticas. La consagración de ese modelo hegemónico y extravertido impone, sin embargo, la reproducción exacerbada de un caos determinado por la deforestación de selvas nativas, la pérdida de biodiversidad, la expulsión de las comunidades aborígenes, el sometimiento de los pequeños productores, la explotación laboral y la contaminación a gran escala.

Palabras clave: Orden global; desorden local; silvicultura; industria forestal; crisis socio-ambiental.

Abstract

Hybrid of uprightness and horizontalities, geographical space currently has a unified movement of global order imposition and local disorder production. The forest agriculture and its associate industry constitute, in Argentina, visible manifestations of a hierarchical happening commanded by the foreign capital. Norms and wealth determine that Corrientes Northeast and Misiones county be found among the best places in the world for the exotic afforestations and cellulose plant installation. In this way, a rationalization process based on the formal and functional homogenization of the places starting from the concrete objects and pragmatic actions propagation becomes a reality. The consecration of that hegemonic and extraverted pattern imposes, however, the exacerbated reproduction of a chaos determined by the deforestation of native forests, the biodiversity loss, the aboriginal community expulsion, the small producer subjection, the labor exploitation and the great scale pollution.

Key words: Global order; local disorder; forestry; forest industry; social and environmental crisis.

* Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires (UNCPBA), Tandil (Provincia de Buenos Aires)-Argentina. Correo electrónico: gomezlen@fch.unicen.edu.ar

1. Introducción

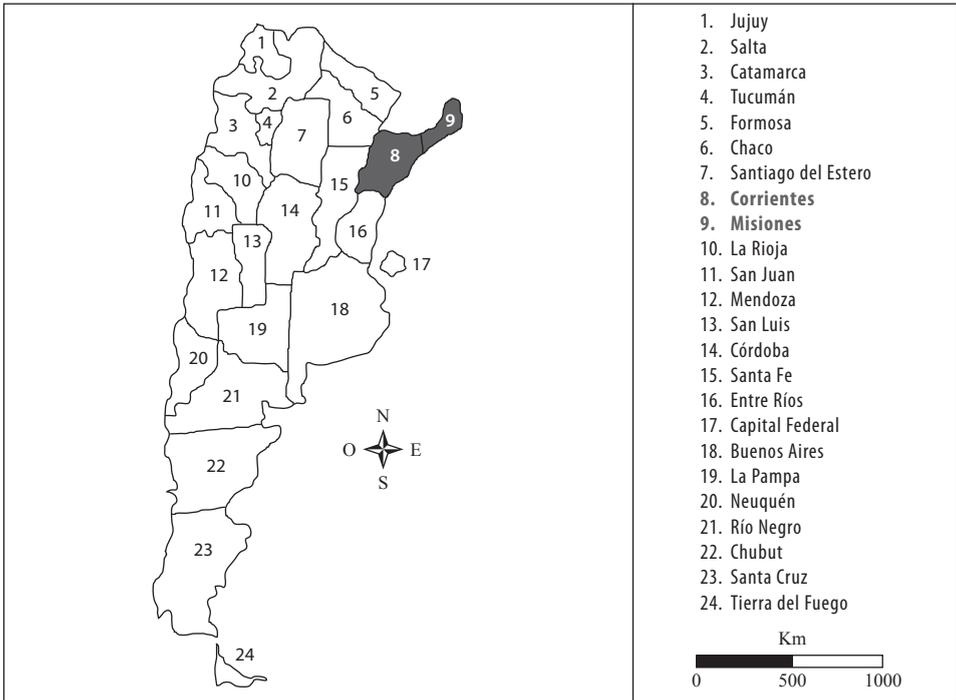
En el período actual, el orden mundial y el desorden local constituyen facetas de un mismo proceso. Imponiendo sus propias configuraciones materiales e inmateriales, los capitales hegemónicos reorganizan los lugares para adecuarlos a intereses, más el imperio de esa lógica suele redundar en la implantación y exacerbación del caos concretado en esos recortes del espacio. El objetivo de este trabajo consiste en demostrar empíricamente las relaciones de reestructuración (orden) / desestructuración (desorden), a partir del estudio sistemático y riguroso del reciente proceso de reorganización de la silvicultura y la industria forestal en las provincias de Misiones y Corrientes, Argentina (Mapa), siempre analizadas e interpretadas a la luz del rico prisma proporcionado por el enfoque de las verticalidades y las horizontalidades, propuesto y elaborado por Milton Santos.

Ese esquema metodológico permitió dar cuenta tanto de la naturaleza de ese conjunto específico de vectores externamente elaborados (una división territorial del trabajo comandada por el capital extranjero, fundada en la homogeneización formal y funcional de los lugares mediante la imposición del monocultivo forestal de especies exóticas y la producción de pasta celulosa), como de las múltiples formas de desorden concretadas en lo local (suscitadas, sobre todo, por las nefastas consecuencias socio-ambientales desatadas por la consagración del modelo hegemónico). La destrucción de la naturaleza pretérita y la materialidad

heredada, la elaboración de nuevos mecanismos de dominación, explotación y dependencia y la imposición de una lógica que compromete la reproducción de la biodiversidad y la propia vida humana emergen, pues, como elementos que revelan la perversidad inmanente a esa funcionalización del orden global.

2. El espacio geográfico: Un híbrido de verticalidades y horizontalidades

Concebido como un conjunto indisoluble, solidario y contradictorio de sistemas de objetos y sistemas de acciones mediados por las normas (Santos, 1996a), el espacio geográfico es, también, un híbrido de verticalidades y horizontalidades. Ni uno ni otro de esos recortes metodológicos lo constituyen por separado, aunque para descubrir los enigmas de su funcionamiento sea absolutamente imperioso escindirlo analíticamente. Constelaciones de puntos discontinuos, las verticalidades concretan la internacionalización del capital mediante la homogeneización y articulación de lugares regidos por una misma racionalidad económica, basada en una o más actividades hegemónicas: en esos subespacios se asiste a una alianza entre objetos técnicos perfectos o concretos, acciones pragmáticas y normas precisas. Dominios de la contigüidad territorial y la cohesión social, las horizontalidades constituyen, en cambio, las bases materiales e inmateriales de reproducción del cotidiano o espacio de la co-presencia, elaboradas mediante una solidaridad orgánica indispensable para la



Mapa. República Argentina, según provincias. Localización del área de estudio. Fuente: Elaboración propia

recreación del trabajo colectivo (Silveira, 1999, 2003). Esa comunión de vectores verticales y horizontales diseña, en cada lugar, una productividad espacial, síntesis singular de sus diferentes densidades técnicas, informacionales y normativas.

Coexistiendo, esas racionalidades siempre se desarrollan a partir de un acontecer jerárquico, homólogo y complementario. Obediente a la globalización de la técnica, el derecho y la economía, el acontecer jerárquico transporta las regulaciones del mercado mundial a los lugares, racionalizando las actividades e imponiendo un mandar externo. En los espacios regionales de la producción, la similitud, vecindad e interdependencia

de las actividades permite el surgimiento de un cotidiano homólogo, basado en una articulación horizontal tejida por la especialización del trabajo. Finalmente, el acontecer complementario se expresa a partir de los nexos interurbanos y las relaciones entabladas entre la ciudad y el campo, resultantes de un intercambio geográficamente próximo (Santos, 1996b). Según ese esquema metodológico, las áreas agrícolas, pecuarias y silvícolas constituyen reinos del acontecer homólogo, pues desempeñan una función homogénea en un espacio oportuno a las jerarquías mundiales de producción. No obstante, en ellas se introduce un acontecer jerárquico que las segmenta

y reorganiza, así como también una intermediación, dada por las vinculaciones locales entre campo y ciudad. Así, Silveira (1999) afirma que puede reconocerse, por un lado, una vocación histórica regional -una función que permanece- y, por otro lado, un cambio o transformación espacial de formas, relaciones y estructuras.

Inexorablemente, el territorio de las verticalidades en tanto reino de la razón global y el territorio de las horizontalidades en tanto pergamino escrito y reescrito por la razón local entran, empero, en contradicción. Imponiendo un orden particular diseñado para permitir el exclusivo beneficio de macro-actores que, mediante múltiples formas de control remoto global, las verticalidades transportan un comando a los lugares que determina modalidades internas de acción y organización. Suprimiendo o, cuanto menos, atenuando las normas domésticas, la incorporación de vectores de tal raigambre genera, en los lugares, un efecto desintegrador: tornados incoherentes y anárquicos para los demás actores, determinados recortes del espacio se vuelven, entonces, escenarios del caos, proceso que, asimismo, resulta reforzado y acelerado cuando incluso la 'métrica burocrática' (Guillaume, 1975; Silveira, 1999) -esto es, la lógica compensadora elaborada por los sistemas de acciones públicas destinada a reunir aquello que ha sido fragmentado por el mercado (Santos, 1996a)- se metamorfosea en mercantil para satisfacer con premura los intereses hegemónicos.

Oponiéndose a ese desorden impuesto desde fuera -una desestructuración en relación al pasado-, emergen paralelamente racionalidades -tanto manifiestas como ocultas- que se desprenden de un cotidiano horizontal convertido en soporte de acciones rebeldes respecto de la lógica dominante (Santos, 2000; Silveira, 2003). Como resultado, el lugar ya no constituye apenas un escenario de complacencia ante los designios exógenos, sino que también deviene un protagonista de la revuelta.

3. El orden global: Capital extranjero, plantaciones forestales e industria celulosa

La agricultura forestal y la industria a ella asociada no son, ciertamente, actividades recientes en Argentina. Durante la época colonial, las misiones jesuíticas alentaron la constitución de los primeros obrajes forestales, permitiendo así la explotación en pequeña escala de maderas nativas de ley -cedro (*Cedrus libani*), lapacho (*Tabebuia avellanedae*), incienso (*Incensum incensum*), guatambú (*Balfourodendron riedelianum*), peteribí (*Cordia trichotoma*), urunday (*Astronium fraxinifolium*), cañafistola (*Cassia fistula*). Puesto que los ríos constituían el único medio de circulación de la época apto para el transporte de esa producción, dicha actividad se convirtió en una vocación histórico-regional de uso del espacio tempranamente concentrada en las actuales provincias de Misiones, Chaco, Salta y Formosa. Durante el 'mo-

delo agroexportador' (1870-1930), los capitalistas británicos intensificaron el ritmo de tala de los bosques vernáculos argentinos y devastaron los montes de quebracho chaqueños y santiagueños, que subsidiaron con madera y tanino el crecimiento agropecuario y la expansión de la red ferroviaria en la pampa húmeda. En sus inicios, el desmonte de la selva paranaense -compartida por Misiones, Brasil y Paraguay- implicó una amenaza para la biodiversidad, dejando sólo algunos relictos intactos de exuberante masa boscosa en lugares de difícil acceso. En 1960, la floresta autóctona misionera ya había perdido el 13,5% de las 2.600.000 hectáreas que poseía a mediados del siglo XIX (SAyDS, 2005).

Fue en los años sesenta cuando los créditos fiscales para implantación arbórea otorgados por el Instituto Forestal Nacional (IFONA) y la expansión de las industrias celulósico-papeleras controladas por el Estado nacional (Papel Misionero) y capitales domésticos (Celulosa Argentina) le imprimieron nuevos bríos a la silvicultura, actividad que, sin embargo, se expandió con mayor ímpetu a partir de la década de 1970, animada por la introducción de algunos géneros exóticos: kiri (*Pawlonia fortunei*), paraíso (*Melia azedarach*), pino (*Pinus taeda*), eucalipto (*Eucaliptos grandis*). Empero, el 90% de la madera procesada todavía provenía de la explotación de la masa boscosa nativa, permitiendo así la permanencia y reproducción de esa función en el espacio contiguo. Más durante los años ochenta, la crisis económica puso fin a los subsidios para forestación y, el

mercado argentino de aserrado fue rápidamente inundado por las importaciones de pino provenientes de Brasil y Chile; paralelamente, empresas forestales chinas, italianas y brasileñas arrasaron casi por completo con los bosques vernáculos de madera dura y semi-dura -grapia (*Apuleia leiocarpa*), guatambú, lapacho- y los grupos económicos domésticos se orientaron hacia la extracción de rollizos (Pérez Compañc) y la elaboración de pasta celulosa (Massuh). Como resultado, la superficie cubierta por la otrora densa selva misionera se redujo un 22,3% en sólo quince años (1960-1985).

Suscitada durante la última década del siglo XX, la entronización del sistema de poder neoliberal ocasionó la disolución del IFONA y la enajenación de los principales complejos celulósicos, tanto estatales como privados. Vectores verticales y horizontales convergieron para imprimirle al espacio una valorización funcional a las estrategias globales de acumulación. Las rigurosas legislaciones ambientales escandinavas, norteamericanas y españolas, la necesidad trasandina de hallar nuevas fuentes de materia prima y los graves episodios de contaminación suscitados en Canadá, Chile y Finlandia determinaron la migración masiva de la industria celulosa internacionalizada hacia Argentina y Uruguay; concomitantemente, el acelerado crecimiento de los árboles, la vasta disponibilidad de tierras fiscales a bajo precio, el magro costo de reproducción de la fuerza de trabajo doméstica y los laxos controles ambientales determinaron que el capital extranjero se lanzara sobre la ya diezmada selva

para saciar su avidez de nuevas fuentes de materia prima.

El crecimiento forestal del nordeste argentino es, medido en metros cúbicos por hectárea, el más rápido del mundo, sobre todo si su dinamismo se compara con el Hemisferio Norte (duplica a Estados Unidos y triplica a Europa); paralelamente, los turnos de corte para el pino (12-16 años) y el eucalipto (6-7 años) son extremadamente bajos: en Finlandia, país pionero y líder de la industria forestal, esos árboles recién pueden ser talados después de 60 o incluso 120 años. Como resultado, el nordeste correntino (Santo Tomé, Ituzaingó, etc.) y buena parte de Misiones despuntan como los mejores sitios del planeta para la instalación de forestaciones exóticas y plantas de celulosa, sólo igualados por Bahía y Rio Grande do Sul (Brasil). Es la productividad espacial de los recortes de un acontecer homólogo cuya jerarquía global se revela oportuna a los intereses hegemónicos.

Numerosas compañías forestales de origen extranjero se apoderaron de inmensas superficies destinadas a la implantación de pinos y eucaliptos, adueñándose también de complejos celulósicos, aserraderos, fábricas de cartón corrugado y plantas de compensado y laminado. Sólo Chile, Estados Unidos y Canadá daban cuenta del 92% de la presencia foresto-industrial extranjera en Argentina (ANI-SAGPyA, 2006). La otrora estatal Papel Misionero -Capióví (San Ignacio)- fue vendida a grupos económicos nacionales (Zucamor y Bemberg), en tanto las plantas de celulosa de Puerto Piray (Montecarlo) y Alto Paraná

-Puerto Esperanza (Iguazú)- cayeron en manos del *holding* trasandino Arauco y Constitución¹. Con millares de hectáreas en Corrientes y filiales en Santa Fe y el Buenos Aires, la firma Celulosa Argentina (que en 1990 había sido adquirida por el Citibank) fue enajenada diez años después a la empresa uruguayo-brasileña Fanapel, quedando luego bajo el control del consorcio estadounidense-argentino Tapebicuá; asimismo, la planta de compensados de eucalipto más grande del mundo fue absorbida por la corporación neocelandesa Flechter Chalenger. Finalmente, hasta las firmas globales del petróleo (Royal Dutch Shell) y los granos (Louis Dreyfus) se instalaron en el país para desarrollar una agricultura forestal basada en plantaciones exóticas. Son las empresas transnacionales, transportando tiempos y regulaciones externas a los lugares.

Tal como explica Silveira (1999), las funciones de la división internacional y territorial del trabajo no se instalan ignorando las características jurídicas de los lugares, sino por su intermedio. Irrefrenable, la avidez del capital se exacerbó con la reforma de los regímenes fiscales, laborales y de seguridad social de la industria forestal, la implementación del Régimen de Promoción de Plantaciones Forestales (RPPF), la ejecución del Plan Nacional de Desarrollo Forestal (PNDF) y, más recientemente, la sanción de la llamada 'Ley Nacional de Bosques Cultivados' (25.080), vigente desde 1998: un nutrido mosaico de ventajas fiscales ('congelamiento' de tasas, exención del Impuesto a la Ganancia Mínima Presun-

ta y del Impuesto Inmobiliario al doble de la superficie forestada, amortización acelerada del Impuesto a las Ganancias, devolución anticipada del Impuesto al Valor Agregado, etc.) y comerciales (desgravación arancelaria a las importaciones) emergen, pues, como la síntesis más acabada de las inauditas garantías jurídicas otorgadas por el Estado nacional por un lapso de 33 años, prorrogables, a pedido de las autoridades provinciales, hasta medio siglo.

Como resultado, y merced a la adjudicación de millonarios subsidios destinados a alentar la implantación de especies exóticas de rápido crecimiento y gran valor económico, los sistemas de acciones públicas asumieron como propios los costos privados de implantación y explotación silvícola, incluida la tala del bosque nativo². Sólo en el marco del RPPF (Ley Nacional 24.857 (1992-1999), el Estado nacional desembolsó nada menos que 142 millones de dólares, de los cuales el 77% fue absorbido sólo por las provincias de Misiones y Corrientes.

Impuesta por los nuevos contenidos de la división internacional y territorial del trabajo, esa actividad se expandió al compás de un sistemático e implacable proceso de concentración de la tierra. En la actualidad, la superficie promedio de las grandes explotaciones forestales se sitúa en el orden de, cuando menos, las 2.000 hectáreas. Si bien en Misiones la estructura de la propiedad de las plantaciones se encuentra atomizada, el 83,8% de las extensiones forestadas en esa provincia y el nordeste correntino se hallaba, en 2003, en manos del capital extranjero,

sobre todo chileno (66,1%). Es, asimismo, suficiente señalar que las 230.000 hectáreas explotadas por el conglomerado trasandino Arauco y Constitución representan nada menos que el 45,1% del área cultivada, esto es, el 8% de superficie misionera. Desarrollando estrategias de integración vertical con sus plantas de celulosa, esa firma controla también los principales aserraderos provinciales (los dos mayores de Sudamérica) y la única fábrica 'argentina' de pasta *fluff*³. Los lugares son sometidos, entonces, a un comando externo concretado a partir de las regulaciones impuestas por los macroactores de la economía globalizada. En contrapartida, los productores de menor envergadura explican nada menos que el 30% de las tierras implantadas, orientando su producción hacia los aserraderos y las plantas de compensado. Es el orden de las horizontalidades, imponiendo una diferenciación entre esa provincia y Corrientes o Entre Ríos, donde casi no existen pequeños y medianos plantadores.

Esa profunda reorganización de la estructura de un sector otrora tradicional e incluso primitivo ha determinado que, hacia comienzos del siglo XXI, los montes cultivados se convirtieran en los principales proveedores de madera aserrada (90%) de la industria forestal, aunque representando sólo el 4% del área boscosa total y apenas el 2,7% de la superficie nacional bajo explotación agrícola. En Argentina, la participación de las especies foráneas sobre el aserrado pasó de menos de la mitad (47%) a más de las tres cuartas partes (83%) en sólo una década (1990-2000); de ese sub-total, el pino y

el eucalipto daban cuenta del 81%. En prácticamente quince años (1988-2003), la materia prima procedente de los bosques implantados creció un 64,8%, impulsada por el crecimiento de la explotación de las coníferas (152,8%) (INDEC, 2005; SAGPyA, 2005). Los contornos de las actividades heredadas se desdibujan así para dejar paso a una nueva lógica.

Como ha ocurrido con otras actividades agrícolas, la silvicultura fue recientemente sometida a un proceso de racionalización determinado por lo que Silveira (1999) denomina una 'crono-expansión de la frontera agropecuaria'. No se trató apenas de la sustitución de la extracción de las maderas nativas por la explotación de los bosques implantados, sino de una reinvencción de la naturaleza basada en la acumulación de técnicas e informaciones, la cientifización del trabajo y la aceptación de las exigencias externas de la modernidad y la 'globalización'. Así, variables-clave como la importación desde Europa, Canadá y Australia de semillas genéticamente modificadas, la implementación de múltiples programas de control y erradicación de plagas (mancha azul, avispa del pino, etc.), la incorporación de tecnologías 'llave en mano' procedentes de Finlandia y Oceanía y las investigaciones biotecnológicas de Bioforest (subsidiaria de Arauco y Constitución), permitieron el próspero desarrollo de vastas plantaciones de pinos de rápido crecimiento e inmensos montes cultivados con eucaliptos de alto rendimiento, poblando cada hectárea cultivada con, cuanto menos, dos millares de ejemplares. Son las densidades técnicas propias de una función

histórico-regional que, empero, ha sido reciente y rápidamente refuncionalizada por el acontecer jerárquico.

Concebidos ontológicamente en tanto portadores de una racionalidad extraña al lugar, modernos sistemas de objetos concretos han sido instalados en los lugares para imponerles una rigidez funcional. Se trata de los denominados 'bosques silenciosos' que, caracterizados por una ausencia prácticamente absoluta de fauna y flora, constituyen el más emblemático ejemplo de una hipertelia o exceso de especialización local y 'regional'. Es el llamado 'desierto verde' sustituyendo a la exuberante selva misionera. Nada crece en esos bosques, excepto las plantaciones de pino y eucalipto dispuestas en hileras separadas por una distancia rigurosamente calculada y constituidas por ejemplares dotados de una misma forma, edad y genética. Tornada rígida y perfecta, la naturaleza es sometida entonces a una racionalidad instrumental que apenas deja contados resquicios para alojar a los vestigios de un medio natural otrora rebosante de vida, más ahora literalmente esterilizado de toda forma de existencia que carezca de valor para los intereses hegemónicos; paralelamente, en vez de elaborar una acción compensadora destinada a deformar o anular esa lógica verticalizante, la métrica burocrática se torna mercantil: según la estructura fiscal e impositiva reinante en Misiones, los propietarios de aquellas tierras cuya fisonomía sea preservada intacta (en estado silvestre) pagan impuestos superiores a los tributados por cualquier explotación agro-forestal. No es extraño, pues, que

en los lugares escogidos para ser convertidos en reinos de la razón global impere el monocultivo, antítesis por excelencia de la diversidad biológica y social.

Solidaridades organizacionales obedientes a los dictados de una lógica universal concretada a partir de la irrupción de la nueva división internacional del trabajo impusieron una racionalización del espacio basada en una homogeneización formal y funcional de los lugares determinada por los nuevos usos agro-forestales del territorio. En menos de una década (1992-1999), Misiones triplicó y Corrientes septuplicó la extensión implantada con especies exóticas, lo cual determinó que, hacia comienzos del siglo XXI, ambas provincias dieran cuenta de casi dos terceras partes (64,1%) de la superficie forestal nacional (1.022.686,2 has). De ese modo, se consolidó la supremacía de la silvicultura, pues dicha actividad pasó a representar el 48,6% y el 60,3% de las respectivas áreas provinciales bajo explotación agrícola. Basada en la propagación de los objetos modernos y las actividades hegemónicas, el proceso de racionalización del espacio es entonces revelado por las formas, pues la concreción propia de esa configuración territorial permite la reproducción del dinamismo de los lugares a partir de la rígida ejecución de una función especializada al extremo.

Devenidos portadores de una lógica externa, los nuevos sistemas de producción imprimen en los lugares el mapa de una división territorial del trabajo constituida por subespacios articulados por una misma racionalidad. Como resultado, si hacia mediados de la década de

1990 las plantaciones de coníferas absorbían el 83,7% de la superficie misionera implantada con bosques artificiales, en los albores del siglo XXI esa proporción ya se situaba en el orden del 97,9%; sólo el pino -concentrado en Iguazú, Eldorado, San Martín y San Ignacio- explicaba el 76,6% de los guarismos totales (Misiones, 2003). Incluso el eucalipto, que algunos años atrás se había consolidado como una especie exótica dominante en los bosques implantados correntinos, fue desplazado desde Santo Tomé por el pino hacia Concepción, Monte Caseros, Ituzaingó y Paso de los Libres; concomitantemente, las coníferas invadieron el 70,7% de la superficie forestada provincial (Indec, 2005). Elocuentes, otros datos empíricos reflejan en su total magnitud la supremacía del nuevo modelo de agricultura forestal: pinos y eucaliptos explican la abrumadora mayoría de la extracción silvícola misionera (95,9%) y correntina (100%), en tanto que ambas provincias dan cuenta del 93,7% de la madera extraída de bosques de coníferas (SAyDS, 2007)⁴. El orden global reorganiza así las formas y los contenidos locales para permitir que la lógica hegemónica se empirice en los recortes de un acontecer homólogo caracterizado por la vecindad territorial y la similitud funcional.

Superponiéndose en los lugares, otros vectores externos alientan la irrupción y consagración del modelo, reforzando así una productividad espacial internamente elaborada por la comunión establecida entre las riquezas 'naturales' locales y las normas jurídicas domésticas. Mediada

por el llamado ‘mercado de bonos de carbono’, una regulación propia del orden global como el Protocolo de Kyoto introduce un contenido de tiempo hegemónico puro, destinado a afianzar las vocaciones dominantes de uso del territorio: se trata del Mecanismo de Desarrollo Limpio (MDL), merced al cual países y empresas deben pagar a quienes desarrollan proyectos que fijan dióxido de carbono y liberan oxígeno. Conminadas a disminuir sus emisiones de gases contaminantes a la atmósfera, las potencias industrializadas adquieren bonos de carbono a aquellas naciones en las cuales se desarrollan proyectos que supuestamente amortiguarían el cambio climático global, como la creación de ‘sumideros’ a partir de diversos mecanismos, entre ellos la forestación y la reforestación. Imprimiendo una lógica financiera a los espacios de la producción, esos ‘certificados de oxígeno’ obligan a los lugares a participar del frenesí especulativo de los mercados internacionales de capitales; paralelamente, ellos consolidan y refuerzan la lógica del monocultivo de especies exóticas: de hecho, los bosques implantados son los únicos aceptados, señalan Sánchez Acosta y Vera (2005), para la comercialización certificada de bonos de carbono.

Desde hace apenas un cuatrienio, la adhesión de Argentina al Mecanismo de Desarrollo Limpio ha implicado la acelerada conversión de tierras que, hasta 1990, carecieron de superficies boscosas y la implantación de cultivos forestales en áreas que, antiguamente, se hallaban cubiertas por la floresta nativa. Dentro de algunos años las plantaciones exóticas

preexistentes podrían ingresar al mercado de bonos de carbono, especialmente aquellas que se desarrollaron al amparo de los subsidios públicos otorgados por la Ley 25.080. Como resultado de esa producción de fluidez normativa, Misiones constituye un elocuente testimonio del actual proceso de racionalización: interesándose además en el cultivo de coníferas y eucaliptos, la firma estadounidense Carbon Trading and Trust, por ejemplo, adquirió millares de hectáreas de selvas y áreas protegidas, las cuales comprenden parte del Parque Nacional Uruguá y el llamado ‘corredor verde’, que se extiende hasta la Reserva Yabotí, donde paradójicamente las leyes provinciales prohíben la extracción de madera. Es el acontecer jerárquico, doblegando las normas jurídicas locales para imponer el imperio de una razón universal basada en la sumisa e incondicional aceptación de los dictados del orden mundial.

Esa racionalidad extractiva es, asimismo, el motor de la constitución de una multiplicidad de circuitos espaciales de producción y círculos de cooperación en el espacio. Urdiendo una funcionalidad entre el trabajo global y el trabajo local, las plantas industriales orientadas hacia la explotación maderera son permeadas por el imperativo de la exportación, sometiéndose así a una lógica extravertida. Tornando posible la eliminación de nudos o manchas y, también, la obtención de rollizos más rectos y cilíndricos, algunas innovaciones técnicas y organizacionales permitieron a grandes plantaciones y aserraderos remesar buena parte de su producción de rollizos hacia Estados

Unidos, Brasil, China y España. En el complejo foresto-industrial misionero, algunas firmas mueble-partistas de origen brasileño se radican para fabricar piezas elaboradas a base de tableros alistonados de pino que, una vez drenadas hacia el vecino país para su ensamblado, son reexportadas hacia el mercado norteamericano, chileno, español e italiano (Maslatón, 2005). De ese modo, algunos puertos misioneros (Iguazú, San Pedro, San Javier) y correntinos (Paso de los Libres, Santo Tomé) son refuncionalizados para obedecer a la racionalidad instrumental del comercio internacional, metamorfoseándose en plataformas territoriales de exportación que, proporcionando fluidez a los actores hegemónicos, se tornan estratégicas para la planificación y ejecución de las finalidades globales. Imprimiendo una coherencia funcional a puntos distantes, el orden de las verticalidades concreta así la organización de un espacio internacionalizado de flujos.

No son, empero, los aserraderos y los polos de remanufactura, sino las exportaciones de celulosa las que comandan los circuitos espaciales de la industria forestal y, así, regulan el reparto territorial del trabajo agrícola. Si apenas el 18,1% de la producción correntina de rollizos es industrializada dentro de esa provincia, el remanente no sólo es absorbido por los aserraderos entrerrianos y las mueblerías bonaerenses, sino también por las plantas de celulosa misioneras y santafesinas. Es el territorio de las verticalidades, creando interdependencias cuantitativas y cualitativas tanto más

numerosas y actuantes cuanto mayores sean las necesidades de cooperación entre los lugares (Santos, 1996a). En Misiones, en contrapartida, casi la totalidad de la madera extraída de las plantaciones forestales es manufacturada internamente, pues buena parte de esa producción se destina a la obtención de 782.000 toneladas anuales de pasta química: dicha provincia concentra nada menos que el 44,3% de la capacidad instalada de la industria celulosa-papelera 'argentina', la cual es considerada la tercera de América Latina, sólo superada por Brasil y Chile.

Instalándose en los lugares para imponer un modo de hacer externamente elaborado y regulado, esa racionalidad económica se concreta a partir de una imperiosa finalidad: el drenaje de la producción resultante hacia el mercado mundial. Es por eso, tal vez, que en los albores del siglo XXI la pasta de madera, el papel y el cartón representaban nada menos que el 50,2% de las exportaciones forestales argentinas, satisfaciendo así la mitad del consumo trasandino. Metamorfosados por la cristalización de esa moderna división territorial del trabajo, los lugares fieles al orden global se convierten, pues, en un mosaico de puntos y áreas mono-funcionales, ganando así un exceso de especialización. Eso explica, quizás, que las exportaciones de madera aserrada, manufacturas y pasta química representen el 70,1% del comercio exterior misionero. Obediente también a las demandas de Brasil, Uruguay, China, Japón, Francia y Bélgica, el comercio exterior imprime un marcado dinamismo a las aduanas de Iguazú, Paso de los Libres

y Corrientes, de las cuales parte el 43% de las remesas argentinas de celulosa. En consecuencia, puertos como Eldorado y Esperanza (arrendados en condiciones monopólicas a Arauco y Constitución) constituyen enclaves que, cercados y vigilados por sistemas militarizados de seguridad, anulan las normas del territorio e ignoran las regulaciones locales: son los que Silveira (1997) llama 'lugares de alta densidad normativa', reinos del orden global estrictamente obedientes a un comando externo y corporativo.

Más en los dominios de la contigüidad espacial también emerge un cotidiano homólogo y complementario derivado de la especialización jerárquica del trabajo local. En Misiones y Corrientes, la actividad forestal y la industria a ella asociada explican nada menos que la mitad del Producto Bruto Geográfico (PBG) y el 42% del empleo 'regional'; paralelamente, la presencia de las grandes compañías ha impreso un renovado dinamismo en algunas localidades cercanas a las plantas de celulosa y los bosques de cultivo. Es harto elocuente el significativo crecimiento demográfico suscitado durante el último período intercensal (1991-2001) en Puerto Esperanza (33,2%), Capioví (42,8%) y Puerto Piray (48,4%) (Indec, 2003). En esas y otras pequeñas localidades que han sido prácticamente cercadas por las plantaciones exóticas, la reproducción de las condiciones de existencia de buena parte de la población depende de su inserción en el mercado de trabajo forestal. Ésa constituye una de las caras más visibles del acontecer complementario, que entrelaza a ciudades, poblados

rurales y áreas de producción mediante la producción de una interdependencia o solidaridad orgánica basada en la similitud y complementariedad de las actividades, y orientada a afianzar la supremacía de esa vocación extravertida de uso del territorio.

4. El desorden local: Implicaciones socio-ambientales del modelo hegemónico

Originada en una homogeneización formal y funcional de los lugares comandada por el capital extranjero, la consagración del modelo hegemónico engendra, empero, múltiples formas de desorden local, concretadas a partir de las nefastas implicancias socio-ambientales directa o indirectamente desencadenadas por aquél. Natural corolario de ese proceso, un caos generalizado, múltiple y diverso, se instala en los lugares para reproducirse de modo exacerbado, determinado por la deforestación de las selvas nativas, la pérdida de biodiversidad, la expulsión de las comunidades aborígenes, el sometimiento de los pequeños productores, la explotación laboral y la contaminación a gran escala. Obedientes a otros intereses, valores y racionalidades, despuntan las horizontalidades, esto es, las manifestaciones de una razón local que, alentando la producción de una rebelión contra la perversidad intrínseca a esa funcionalización del orden global, pugna por la metamorfosis, en las palabras de Santos (1996a), del lugar de la complacencia en el espacio de la revuelta.

Implacables, los embates de un acontecer jerárquico introducido por los intereses de las grandes compañías forestales han desencadenado inicuas consecuencias sobre la materialidad heredada. Si en el llamado 'triángulo arenoso correntino' (Goya, Santa Rosa, Saladas) la agricultura forestal se desarrolló a partir de la reconversión de bañados y pastizales, en el nordeste provincial y, sobre todo, en Misiones, la racionalidad dominante se instaló directamente a expensas de la 'Selva Paranaense', tal como lo ilustran algunos datos empíricos. Hacia comienzos del siglo XIX, existían en Sudamérica más de 100 millones de hectáreas de esa formación boscosa, las cuales se hallaban notablemente concentradas en el sur brasileño y el este paraguayo. En setenta años (1935-2006), la expansión de la frontera agropecuaria determinó que la superficie misionera cubierta por dicha floresta autóctona retrocediera un 47,1%, a una tasa situada en el orden del 0,9% anual; en idéntico lapso, las selvas del sur brasileño y el este paraguayo mermaron un 95% y 90%, respectivamente.

Los ritmos de ese proceso de devastación no han sido, sin embargo, constantes; se han acelerado recientemente, sobre todo a partir de la implantación de un modelo basado en el monocultivo. Es suficiente señalar que, en menos de veinte años (1985-2003), la selva misionera se redujo un 19,7%, a razón del 1,2% anual (Misiones, 2005). Si en 1998 existían en dicha provincia 1.453.381 hectáreas de bosque nativo, cuatro años después quedaban 1.212.360 hectáreas, registrándose así una merma del 16,6%. En ese lap-

so, la superficie deforestada representó el 27,9% de la variación negativa total (241.021 hectáreas), correspondiendo el remanente a fenómenos de fragmentación y degradación de los ecosistemas (SAyDS, 2004). No es extraño entonces que la inédita tasa actual de desmonte en Misiones (1,3% anual) se encuentre entre las más elevadas de nuestro país (0,8%), siendo incluso 5,8 veces superior a la media mundial. En nuestros días, se estima que en esa provincia son anualmente taladas unas 12.000 hectáreas (Carrere, 2005), lo cual determina que la otrora exuberante y frondosa selva virgen represente apenas el 4,4% del ya diezmado remanente.

Harto elocuente, la relación empírica existente entre la tala de la selva misionera y la conquista de nuevas tierras para las plantaciones exóticas emerge con absoluta nitidez y contundencia. Según las estadísticas oficiales (SAyDS, 2004), una de las principales causas de la pérdida de la floresta autóctona provincial es el avance de la frontera agrícola a partir de la cultura de roza y quema. Empero, la incidencia de los cultivos forestales en ese proceso de destrucción de la materialidad heredada es muy superior a la registrada mediante el análisis de imágenes satelitales y la observación directa, puesto que es prácticamente imposible prever el destino de desmontes recientes o distinguir entre cultivos agrícolas y arboledas muy jóvenes; asimismo, si los ciclos de duración del sistema de agricultura de roza y quema (5 años y sucesión natural) y los montes implantados (12 años y reforestación) son comparados, el impacto

de esta última actividad es mucho mayor, pues impide taxativamente el reestablecimiento siquiera marginal de la cobertura boscosa originaria.

Como resultado, más de la mitad (57,0%) de las 67.233 hectáreas segadas en un quinquenio (1998-2002) fue absorbida en idéntico lapso por el crecimiento de las plantaciones de coníferas y eucaliptos (117.880 hectáreas); paralelamente, el área sembrada con dichas especies exóticas se ha expandido un 46,4%. Tampoco es casual la concordancia descubierta entre la concentración de los desmontes y las plantaciones exóticas: los cuatro departamentos que daban cuenta del 49,1% de la deforestación provincial (Iguazú, Eldorado, Montecarlo y San Pedro) concentraban también casi la mitad (48,8%) de las vastas extensiones cubiertas por bosques de cultivo. Es la configuración territorial, incapaz de ocultar los cambios estructurales suscitados en aquellos lugares que han sido conquistados por las producciones hegemónicas merced al imperio de las lógicas del período actual.

No es un dato menor, asimismo, que casi la cuarta parte (23,7%) de las tierras que a comienzos del siglo XXI se hallaban cultivadas con especies forestales foráneas le haya sido arrebatada a la floresta autóctona durante el sub-período inmediatamente anterior (1998-2002). De ese modo, los once departamentos que explicaban el 97,4% de la tala provincial eran aquellos que habían expandido con mayor ímpetu sus respectivas tierras agro-forestales, representando, además, el 83,6% del cultivo de arboledas exóti-

cas. Dichas plantaciones se propagaron rápidamente, conquistando así buena parte de las áreas recientemente desmontadas, sobre todo en Iguazú, Montecarlo y Eldorado. En ese lapso, distritos como Oberá, San Javier y Caingúas incrementaron sensiblemente sus respectivas superficies implantadas; paralelamente, los cinco departamentos que representaban el 62,3% de la deforestación misionera despuntaban como las principales localidades productoras de madera aserrada de pino y eucalipto (87,8%), (Misiones, 2005). Son las formas del cotidiano homólogo, diseñadas y reelaboradas para acoger a las actividades hegemónicas.

Objetos concretos y acciones pragmáticas componen, pues, un esquema de racionalización del espacio que, empero, no se desarrolla sólo a expensas del bosque nativo, sino del desplazamiento de las producciones tradicionales. Funcional a la próspera imposición de una nueva vocación extravertida, el proceso de concentración de tierras encabezado por los macro-actores de la economía globalizada no se limitó a la adquisición de pastizales, bañados y grandes extensiones de la selva misionera para su conversión a plantaciones forestales, sino que implicó el despliegue de distintos mecanismos de subordinación sobre las economías campesinas de subsistencia y los pequeños y medianos productores agrícolas. Una solidaridad o interdependencia establecida entre la crisis de sobreproducción de cultivos como el tabaco y la yerba-mate, el quebranto de numerosas explotaciones agrícolas y la reducción del valor de las chacras permitió que las compañías

forestales conquistaran inmensas superficies, lo cual explica que las tierras ganadas por los cultivos forestales durante el quinquenio 1998-2002 superaran holgadamente (175,4%) la extensión desmontada. Expulsando a incontables familias de colonos y minifundistas, esos agentes hegemónicos arrasaron con viviendas y escuelas, de modo tal que la instalación del modelo hegemónico ha sido concomitante respecto de una aceleración de un proceso secular y dramático de vaciamiento rural, acicateado además, por los desmontes que desalojan a innumerables personas de la selva misionera.

Sucumbiendo ante la destrucción de la materialidad heredada, buena parte de los pueblos originarios ha sido rápidamente destituida de sus tierras ancestrales. Es el caso, por ejemplo, de los guaraníes, que han habitado durante siglos en la espesura de esos bosques tropicales -obteniendo de ellos abrigo y sustento-, más actualmente acorralados por una expansión agro-forestal que está agotando frenética e irreversiblemente sus más valiosas y elementales fuentes de subsistencia.

En efecto, es útil, recordar que la selva misionera alberga a casi el 40% de la biodiversidad nacional; se trata de más de 2.000 especies de plantas vasculares y un millar de especies de vertebrados, entre ellas 548 aves, 120 mamíferos, 79 reptiles, 55 anfibios y más de 200 peces. Entre la fauna más afectada por la deforestación y la destrucción de pastizales y bañados se incluyen el aguará-guazú (*Chrysocyon brachyurus*), el ciervo de los pantanos (*Blastocerus dichotomus*),

el carpincho (*Hydrochaeris hydrochaeris*), el yacaré (*Caiman yacare*), el capuchino (*Cebus apella*), el tordo amarillo (*Xantopsar flavus*), la monjita dominicana (*Heteroxolmis dominicana*) y la rana (*Ranidae*). En todos los casos, se trata de especies muy escasas e incluso próximas a la extinción, no obstante vitales para la continuidad de un equilibrio ecológico que ha sido perpetuado durante centurias por las etnias nativas. Disfuncional para los intereses hegemónicos y los patrones de dominación impuestos por el orden global, la permanencia de un cotidiano cristalizado en el tiempo y anclado en la naturaleza pretérita acaba, pues, tornándose prácticamente inviable, pues es despojado de los recursos que permitían la reproducción de la base material de la existencia.

Emergiendo como mecanismos propios de una métrica compensadora orientada a preservar relictos de esa naturaleza heredada, permitir la supervivencia de los pueblos originarios y engendrar una racionalidad horizontal basada en la reproducción de la cohesión social y territorial, las reservas naturales y ecológicas (tanto públicas como privadas) representan el 16,0% de la superficie misionera. La perversidad del orden global, empero, acaba deformando ese sistema de acciones para convertirlo en un instrumento de devastación, una simiente de conflicto y fragmentación. Es el caso de la Reserva El Soberbio, cuyas 10.397 has (pertenecientes al otrora estatal complejo celulósico Papel Misionero, cubiertas por bosques nativos y habitadas por la etnia guaraní) fueron recientemente

vendidas a compañías forestales. ¿Qué decir entonces de la Reserva de Biosfera Yabotí, de la cual salen entre 13 y 25 camiones por hora cargados con rollizos de madera (Miño y Scalarendi, 2005)? Un fenómeno similar es verificado en el caso del llamado 'corredor verde' que, merced a una ley provincial, establece un área de uso múltiple destinada a garantizar la conexión biológica entre las reservas protegidas del norte (Iguazú, Uruguay) y sur misionero (Yabotí, Cuña Pirú). So pretexto de conservación de la biodiversidad, los sistemas de acciones públicas prohibieron a campesinos y colonos el aprovechamiento de la selva nativa para la subsistencia, en tanto permitieron que los macro-actores de la economía globalizada continuaran desarrollando una depredación masiva y sistemática de la floresta autóctona. Es la metamorfosis, cruel e implacable, de una métrica burocrática tornada mercantil y, al mismo tiempo, excluyente.

Gran parte de la destrucción de reservas y áreas protegidas se realiza, asimismo, al amparo del Protocolo de Kyoto y el ya descrito mercado de bonos de carbono. Motorizada por un afán de lucro disfrazado de conciencia ambiental, esa voluntad de racionalización del espacio se manifiesta en nuestro país como un acicate a la implantación de pinos y eucaliptos, siempre bajo la égida de un discurso ideológico de base científica que arguye que la floresta nativa sólo absorbe carbono durante su fase de crecimiento (no 'aportando' beneficio alguno luego de haber culminado su ciclo madurativo) y que el desmonte posee escasa influen-

cia en el contenido de carbono del suelo si la cobertura vegetal es rápidamente reestablecida. Lo que esa racionalidad instrumental deliberadamente oculta es, sin embargo, que los bosques autóctonos almacenan mayores cantidades de carbono que las plantaciones forestales; asimismo, pretender que una tonelada de carbono almacenada en árboles es equivalente a una tonelada de carbono fósil supone ignorar los conceptos más elementales de los ciclos biogeoquímicos. Según el famoso Stern Review (2006), la deforestación es además responsable por casi el 20% de las emisiones mundiales de gas carbónico, liberando anualmente 300 millones de tn. Se desmorona así el mito de la pretendida inocencia, neutralidad o condición de panacea atribuidas a las normas ambientales externamente elaboradas.

Los esfuerzos del orden global presuntamente orientados a suprimir sus propias contradicciones no hacen más que exacerbarlas, tropezando con las consecuencias derivadas de su propia realización material. ¿Cómo explicar, en caso contrario, la emisión de millones de toneladas de carbono a la atmósfera como resultado de la tumba y quema de incontables arboledas vernáculas y, también, derivadas de la explotación de plantaciones exóticas supuestamente destinadas a mitigar la contaminación del aire? En Argentina, la industria forestal genera 5.000.000 tn anuales de residuos que son apilados y quemados en las adyacencias de plantaciones y aserraderos, emitiendo a la atmósfera 2.500.000 tn de carbono; el 72% de los aserraderos de

Misiones incinera tales desechos (Maslatón, 2005). El Protocolo de Kyoto y el MDL no sólo no atenúan ese proceso, sino que lo exacerban, puesto que una vez transcurridos treinta años luego de su implantación inicial, las forestaciones desarrolladas al amparo de ese sistema externo de normas pueden ser destinadas a cualquier uso, incluida la explotación maderera. Desarrollando su propia negación, la renovación de la lógica dominante agota las perspectivas de acción racional en los lugares escogidos para su instalación, convirtiendo a los actuales 'sumideros de carbono' en futuros paraísos de la contaminación. Es la perversidad de la razón global, llevada a un nuevo límite o umbral.

Expulsando a los actores menos poderosos de los circuitos globalizados, la lógica hegemónica acelera indirectamente el sistemático e implacable proceso de extinción de la ya ostensiblemente diezmada 'Selva Paranaense'. Superando su propia velocidad de crecimiento, el ritmo de tala de las nuevas plantaciones revela la irracionalidad propia de una lógica extractiva que intensifica aún más la devastación del bosque nativo. Caracterizada por la brutal disminución del número de aserraderos y plantas de compensado, la racionalización de la actividad foresto-industrial consagró a las plantas industriales de los grandes conglomerados forestales verticalmente integrados como destinos excluyentes de la madera obtenida por los pequeños productores forestales. Ocasionada en principio por el endeudamiento financiero derivado de su incorporación al esquema de monoculti-

vo y la baja calidad genética de sus plantaciones, esos agentes padecen una persistente rentabilidad negativa, exacerbada por los bajos precios impuestos por los grandes aserraderos y complejos celulósicos: son los casos de Arauco, que controla en condiciones prácticamente monopólicas el mercado de madera en bruto, y de Papel Misionero, que se apodera de la materia prima a cambio de asesoramiento técnico; paralelamente, los excedentes de rollizos no consumidos por la elaboración de pasta química son destinados por las plantas de celulosa a aserraderos propios y ajenos, lo cual determina que los ingresos percibidos por los pequeños productores sean aún más exiguos.

Obedientes al esquema de dominación impuesto por las estrategias de acumulación de las grandes compañías, los agentes hegemonzados son entonces obligados a expoliar sus bosques de pino y eucalipto a un ritmo cada vez más frenético. Luego de haber agotado sus propias plantaciones, dichos productores inexorablemente deben retornar a un modelo más antiguo y tradicional de producción, basado en la explotación de una floresta autóctona cada vez más escasa. De ese modo, en algunos poblados coexisten la implantación de coníferas y la explotación de la selva. Distritos como Cainguás, San Pedro, San Martín, Guaraní, Candelaria y Oberá no sólo explican el 68,3% de la producción provincial de maderas vernáculas, sino también el 32,9% de los desmontes desarrollados entre el ocaso de la década de 1990 y los albores del siglo XXI. El caso más paradigmático es el de San Pedro, que posee la mayor

superficie boscosa nativa provincial, concentrada empero en algunos latifundios y sometida a una persistente actividad extractiva. Nuevamente caen las máscaras de un discurso que, elaborando una legitimación del modelo hegemónico, arguyó que las plantaciones exóticas implicarían un alivio para el bosque nativo.

Nefastas e irreversibles implicancias ambientales y sanitarias constituyen el corolario de sistemas de objetos concretos (las plantaciones exóticas) cuya instalación es antecedida por la implacable realización de acciones rígidas y pragmáticas. Luego de su desmonte mediante tractores, cadenas y fuego, las tierras a implantar son aradas y sometidas a la sistemática aplicación de elevadas dosis de herbicidas pre-emergentes y post-emergentes destinados a impedir el resurgimiento del bosque nativo. La codicia de Arauco por las tierras misioneras no conoce límites, pues la tala de la Selva Paranaense se extiende incluso hasta los márgenes de los numerosos ríos y arroyos que irrigan el área, ocasionando así la contaminación de sus aguas -merced al vertido de agroquímicos- y coadyuvando a su progresivo secado. Sobreviviendo a esa auténtica aniquilación, las pocas especies de insectos (la hormiga cortadora, por ejemplo) que han conseguido adaptarse a los bosques de cultivo son eliminadas mediante la aplicación de enormes cantidades de agro-tóxicos altamente contaminantes -la sulfloramida, entre otros-, ora bajo la forma de cebos, ora vía fumigación.

Originado en la disminución de la cobertura vegetal y el excesivo consumo hí-

drico característico de esas arboledas, el colapso del régimen subterráneo es, asimismo, inexorable, provocando no sólo la rápida desaparición de las fuentes de agua, sino también favoreciendo la proliferación de plagas: la combinación de épocas de sequía y expoliación de napas ha determinado el exterminio de las ranas, implicando que el número de mosquitos aumentara a niveles desconocidos hasta entonces y asolara las localidades adyacentes a las plantaciones; paralelamente, el pino se ha convertido en una especie ecológicamente invasora, pues el viento propaga sus semillas, que germinan por doquier (Carrere, 2005). En los pequeños poblados lindantes son comunes, por otra parte, las enfermedades y alergias respiratorias suscitadas por las enormes cantidades de polen derivadas del florecimiento arbóreo simultáneo, las cuales, además, acaban contaminando los cursos superficiales de agua.

Consagrada a partir de una aniquilación de la naturaleza pretérita, la presencia de esa vocación exportadora acaba tornándose, empero, poco duradera. Inexorablemente, las tierras ganadas al bosque nativo se vuelven más ácidas y menos permeables, susceptibles a la erosión y la pérdida de fertilidad suscitada por las especies exóticas: el eucalipto extrae grandes cantidades de calcio del suelo, en tanto que la acidez natural de éstos es exacerbada por las resinas del pino, lo cual determina que su pH se reduzca a la mitad. Agotados los reservorios de agua, los suelos quedan yermos y estériles, impidiendo no sólo el resurgimiento del bosque nativo, sino también el desa-

rollo de cualquier tipo de agricultura, incluida la forestación; paralelamente, esas plantaciones favorecen la proliferación de hongos y micelios que impiden la infiltración, lo cual no hace más que incrementar la sequedad de esas tierras, ocasionando cambios irreversibles en su textura y estructura que conducen a una pérdida de su contenido de materia orgánica. Nuevamente, el orden global se realiza en los lugares como la empirización de una acción hegemónica que, al ser llevada más allá del límite de su racionalidad intrínseca, siembra (vaya paradoja) la simiente del absurdo.

Otra manifestación del caos local suscitado a partir de la entronización del orden global está dada por las plantas de elaboración de celulosa a partir de la pulpa de madera de pino y eucalipto. Obnubilados por el sagrado paradigma de la competitividad, los segmentos provinciales de los sistemas de acciones públicas no dudan en subsidiar con recursos públicos la permanencia de esas industrias e incluso la implantación de nuevas fábricas. Es suficiente citar el caso de la encarnizada y acérrima lucha librada entre Misiones y Corrientes por la localización de una planta de celulosa del grupo chileno CMPC, la cual finalmente acabó radicándose en Santo Tomé merced a sus exenciones fiscales y sus tarifas eléctricas diferenciales. Esa es otra forma de desorden, porque batallas como la descrita acaban determinando una reestructuración de los circuitos espaciales de producción que consagra victoriosos a algunos subespacios a expensas del imparable éxodo industrial desencadenado

en otros. Mucho más velada u oculta, la otra cara de la guerra de lugares (Santos, 1996a) desatada por las estrategias territoriales de la industria forestal extranjera es global, porque está dada por el interés de ciudades chilenas como Valdivia en desembarazarse de las inicuas implicancias ambientales acarreadas por el proceso de producción de la pasta de madera.

Fundada en estrategias de minimización de costos y la necesidad de obtener una celulosa más clara, la lógica industrial determina que el llamado método *kraft* (Elementary Chlorine Free (EFC) sea comúnmente utilizado⁵; demandando la extracción de ingentes cantidades de agua de ríos y arroyos que luego son devueltas a su cauce contaminadas con miles de litros de cloro, lignina (la sustancia que mantiene unida las fibras de la madera), azufre, hidro-sulfatos, metales pesados, dioxinas, furanos, fenoles y sulfuro de metilo, ese procedimiento desencadena funestas consecuencias sobre la flora, la fauna y la salud humana, aniquilando además a todas las formas de vida acuática.

Tornados relativamente disfuncionales para las lógicas locales, algunos lugares son compelidos entonces a ejecutar una función que, externamente impuesta, impide incluso la reproducción de la vida de sus propios habitantes, despojando a esos recortes del espacio de valor para los hombres. El dióxido de azufre y los hidro-sulfatos generan los pestilentes olores típicamente presentes en las cercanías de las plantas de celulosa, la polución del aire y las lluvias ácidas que, esparciéndose en un radio de 50 km,

arrasan con la ya diezmada naturaleza pretérita, dañando irremediablemente las plantaciones de cítricos y degradando las viviendas de la población; dioxinas y furanos constituyen, asimismo, potentes sustancias cancerígenas, responsables por el rápido deterioro del sistema inmunológico. Concomitantemente, las plantas de celulosa de Arauco acreditan las normas internacionales de certificación ambiental ISO 14.001, ejecutadas bajo los parámetros del Banco Mundial. Es la quemante contradicción urdida entre el orden global y la razón local.

No es extraño, pues, que en localidades misioneras como Wanda, Puerto Piray y Puerto Esperanza proliferen las enfermedades respiratorias, las alergias, diversos tipos de cáncer e 'inexplicables' abortos espontáneos y nacimientos con malformaciones (Carrere, 2005). Fundada en la resistencia de la población ante el cruel destino al que es condenada por el despotismo del mercado mundial, la revuelta del lugar constituiría, en principio, el inexorable corolario de ese proceso, permitiendo así la elaboración y reproducción de un orden horizontal concretado en el espacio de la copresencia.

La connivencia o complicidad del poder político provincial, aunada a la pobreza extrema que castiga a los grupos sociales menos favorecidos, acaba, empero, desarticulando esa insurrección. Si bien las tres fábricas provinciales de celulosa generan menos de un millar de empleos, la dependencia de buena parte de la población de la actividad forestal es hartamente manifiesta. Su inserción en ese peculiar mercado laboral se desarrolla en un con-

texto de informalidad casi absoluta: la llamada 'economía sumergida' alcanza el 70%, en tanto se registra un promedio de apenas cuatro empleos cada mil hectáreas. Las condiciones de explotación laboral son extremas, caracterizándose por el predominio de estrategias de externalización (terciarización, sub-contratación) de actividades y modalidades de pago a destajo, entre otros mecanismos de subordinación o dominación.

Ínfimas remuneraciones constituyen, asimismo, el correlato de la ejecución de tareas en un sector que, de acuerdo con las estadísticas oficiales (MTEySS, 2006), es el segundo de la economía argentina en cuanto a la recurrencia de accidentes laborales fatales y / o generadores de discapacidades permanentes. Hacheros y moto-sierristas perciben, por ejemplo, el equivalente a 14 dólares diarios, debiendo además utilizar sus propias herramientas y pagar el combustible consumido por la maquinaria; concomitantemente, los peladores obtienen apenas 1,5 dólares al término de cada jornada. Como resultado, el obraje forestal debe incorporar a sus familias al proceso de trabajo para garantizar un mínimo umbral de subsistencia, siendo hartamente frecuente la deserción escolar ocasionada por el trabajo infantil. Dichas actividades se desarrollan, además, en un marco caracterizado por la más absoluta precarización, la cual incluso contempla (en el caso de la aplicación de agro-tóxicos) la carencia de máscara y vestimenta adecuada (Carrere, 2005). Es la otra cara (excluyente y perversa, por cierto) de un acontecer complementario construido

entre los espacios silvícolas y las localidades vecinas, recíprocamente articuladas a partir de la reproducción del trabajo colectivo en un marco de contigüidad territorial, más ya no de cohesión social.

Contribuyendo a la reproducción exacerbada de la pobreza, la industria forestal impone también su propio orden urbano, fragmentando social y territorialmente a las pequeñas localidades mediante la construcción de barrios especiales para su fuerza laboral. Instalando un esquema de diferenciación residencial entre el obraje y el personal jerárquico, y aislando a ambos del resto de la población, esa lógica despliega otro mecanismo de dominación: los trabajadores de las compañías forestales jamás logran acceder a la posesión de esas viviendas, por lo que su permanencia está sujeta a la respectiva continuidad laboral. Puesto que la rigidez funcional de esos núcleos urbanos acaba transfigurándolos en una moderna generación de poblados absolutamente dependiente de la prosperidad de esa actividad, las reivindicaciones ambientales de la población son entonces silenciadas por la sistemática extorsión esbozada por los actores hegemónicos, que amenazan con retirarse del lugar si son obligados a respetar controles gubernamentales más estrictos o rigurosos.

Menos sutil, la pérdida del puesto de trabajo implica, finalmente, la pérdida de la vivienda, de ahí que las voces díscolas o rebeldes respecto del modelo hegemónico sean rápidamente acalladas. Como resultado estructural de esa racionalización, las múltiples e inocultables perversidades del orden global determinan en-

tonces que la contaminación ambiental y la crisis sanitaria derivadas de la consagración y reproducción del modelo hegemónico acaben siendo presentadas ya no como el precio a pagar por la modernidad, sino por la más estricta, precaria e inhumana supervivencia. El paroxismo de ese proceso cruel y despiadado está encerrado en una paradoja final: exceptuando el papel de embalaje, Misiones importa la totalidad del papel que consume. Nuevamente emerge el territorio de las verticalidades, tornado absolutamente incoherente para la sociedad local.

5. Conclusiones

En el período contemporáneo, el orden mundial y el desorden local constituyen facetas de un mismo proceso dual, caracterizado por una unificación o dependencia externa dependiente de la imposición de una fragmentación o segmentación interna. Obedientes a una productividad espacial 'regional' elaborada a partir de mixtos o híbridos constituidos por riquezas 'naturales' y normas jurídicas, los capitales de la globalización se instalan en algunos lugares para imponer sus propias configuraciones materiales e inmateriales, diseñando e implantando una estructura paradójicamente basada en la homogeneización de los usos del territorio. Objetos concretos y acciones pragmáticas permiten así la prosperidad de un modelo hegemónico cuyo patrón de reproducción está orientado a la extracción y apropiación de la mayor cuota de plusvalía posible. Obligándolos a rendir

tributo a una lógica extravertida basada en el imperio de una producción ajena e incluso opuesta a los intereses endógenos, una reorganización externamente comandada de sus formas y contenidos (sus relaciones económicas, sociales y políticas) subyuga y desarticula a los lugares.

Así, la configuración única y particular trazado por los vectores de la hegemonía erosiona y corroe la cohesión y la organicidad del tejido socio-territorial preexistente, desatando un auténtico caos concretado en lo local. Desnudando el contrapunto entre variables exógenas y variables endógenas, la industria forestal en Misiones y Corrientes revela con elocuencia, crudeza y nitidez ese proceso simultáneo de reestructuración (para la razón global) y desestructuración (para la razón local).

Un orden vertical desarrollado a partir de una regulación externa y centralizada impuesta por el capital extranjero comanda entonces la destrucción de la naturaleza pretérita y la materialidad heredada, desplegando nuevos mecanismos de dominación, imponiendo distintas formas de exclusión social y comprometiéndolo la reproducción de la propia existencia. Tanto en las áreas gobernadas por un acontecer homólogo definido por la estabilidad de sus actividades económicas, la homogeneización formal y la similitud funcional impuesta por los intereses hegemónicos (los espacios de la silvicultura) como en los puntos de regulación de los circuitos espaciales de producción derivados (los complejos celulósicos) impuestos por el acontecer jerárquico se

verifica una lógica perversa y excluyente cuyo desenvolvimiento ha sido, de principio a fin, ejecutado en su forma límite. Ecllosionan así distintas formas de desorden, las cuales alientan el surgimiento de racionalidades divergentes respecto del modelo dominante originadas en las aciagas consecuencias derivadas de la producción y reproducción de una crisis socio-ambiental a gran escala.

No obstante, y puesto que esas actividades constituyen todavía elementos históricos de definición del cotidiano 'regional' merced a su peso en el dinamismo socio-económico de los lugares, esas lógicas no se manifiestan abiertamente, sino que a menudo permanecen veladas. Ejercida sobre múltiples aspectos de la vida local de relaciones (concentración de tierras, empleo y producción, integración vertical de los circuitos, control de la circulación, entre otras formas de dependencia), la supremacía del capital sofoca esas racionalidades, dominio que es complementado por las acciones conniventes de un aparato burocrático mercantilizado. Como resultado, las horizontalidades acaban cristalizando la rigidez del orden mundial, sometiéndose a sus implacables y despóticos designios, e impidiendo así que el lugar de la complacencia se convierta en el espacio de la revuelta.

6. Notas

- ¹ La firma Arauco y Constitución es una ramificación del *holding* chileno Angelini, con intereses también en la flota pesquera, los frigoríficos, los puertos, las plantas de

celulosa, la forestación, los hidrocarburos, las centrales eléctricas y los seguros del país trasandino. Más allá de sus inversiones en Argentina, también es propietario del aserradero brasileño otrora perteneciente a la firma finlandesa Stora Enso. Anualmente, factura 1.800 millones de dólares.

- 2 De acuerdo con el Régimen de Apoyo Económico no Reintegrable contemplado en la Ley 25.080, el Estado nacional financia hasta el 100% de proyectos de hasta 700 hectáreas; el 50% de bosques entre 701 y 1.000 hectáreas; el 30% de extensiones que oscilan entre 1.001 y 2.000 hectáreas; el 15% de los proyectos de más de 2.001 hectáreas.
- 3 La pasta *fluff* es un insumo empleado para rellenar pañales descartables y toallas higiénicas. Su fabricación es común en las grandes plantas de pasta química de madera, pues les permite proteger su rentabilidad de las fluctuaciones cíclicas de los precios de la celulosa, los cuales oscilan, según la producción mundial, entre 250 y 1.000 dólares por tonelada.
- 4 En el año 2003, el eucalipto y el pino representaban el 60,6% y el 39,4% de la extracción correntina; paralelamente, esas especies representaban el 2,2% y el 93,7% de Misiones. Si Corrientes concentraba el 32,7% de la madera de eucalipto y el 3,9% de la madera de pino, Misiones hacía lo propio con el 11,6% y el 89,8%, respectivamente.
- 5 Existe un método menos contaminante y más costoso, el denominado Totally Chlorine Free (TCF), que sólo utiliza oxígeno. Sin embargo, apenas el 4% de la celulosa que se produce en el mundo es blanqueada sin cloro.

7. Referencias citadas

- AGENCIA NACIONAL DE INVERSIONES-SECRETARÍA DE AGRICULTURA, GANADERÍA, PESCA Y ALIMENTACIÓN (ANISAGPyA). 2006. **Las 10 mejores razones para invertir en la Industria Forestal Argentina**. Agencia Nacional de Inversiones-Secretaría de Agricultura, Ganadería, Pesca y Alimentación de la Nación. Buenos Aires-Argentina.
- CARRERE, R. 2005. *La selva convertida en pinos para celulosa*. **Eco-Portal Net. Revista de Ecología Social**, 12. Buenos Aires-Argentina.
- GUILLAUME, M. 1975. **Le capital et son double**. Presses Universitaires de France. París-France.
- INSTITUTO NACIONAL DE ESTADÍSTICA Y CENSOS (INDEC). 2003. **Censo Nacional de Población, Hogares y Viviendas. Resultados provinciales y departamentales**. Instituto Nacional de Estadística y Censos. Buenos Aires-Argentina.
- INSTITUTO NACIONAL DE ESTADÍSTICA Y CENSOS (INDEC). 2005. **Censo Nacional Agropecuario 2002, según provincias y departamentos**. Instituto Nacional de Estadística y Censos. Buenos Aires-Argentina.
- MASLATÓN, C. 2005. **Potencial del complejo maderero argentino. Propuestas para el desarrollo de la cadena maderamebles y su inserción en el mercado mundial**. Instituto Nacional de Tecnología Industrial. Buenos Aires-Argentina.
- MINISTERIO DE TRABAJO, EMPLEO Y SEGURIDAD SOCIAL (MTEySS). 2006. **Accidentalidad 2004 y evolución 2000-**

2004. Ministerio de Trabajo, Empleo y Seguridad Social. Buenos Aires-Argentina.
- MIÑO, G. y V. SCALARENDI. 2005. **Proyecto de ordenamiento territorial de la Provincia de Misiones. Relevamiento e identificación de actores sociales y proyectos en marcha.** AECI-APN-MISIONES. Iguazú-Argentina.
- MISIONES. 2003. **Plan Maestro Forestal: bosques cultivados y foresto-industria.** Gobierno de la Provincia de Misiones. Posadas-Argentina.
- MISIONES. 2005. **Primer compendio cuatrienal estadístico sobre el sector foresto-industrial de la provincia de Misiones (1999-2003).** Gobierno de la Provincia de Misiones. Posadas-Argentina.
- SÁNCHEZ ACOSTA, M y L. VERA. 2005. Situación foresto-industrial de la Argentina al 2005. *III Simposio Ibero-Americano de Gestión y Economía Forestal.* São Paulo-Brasil.
- SANTOS, M. 1996a. **A natureza do espaço. Técnica e tempo, razão e emoção.** Hucitec. São Paulo-Brasil.
- SANTOS, M. 1996b. **De la totalidad al lugar.** Oikos-Tau. Barcelona-España.
- SANTOS, M. 2000. **Por uma outra globalização. Do pensamemto único ã consciência universal.** Record. Rio de Janeiro- São Paulo-Brasil.
- SECRETARÍA DE AGRICULTURA, GANADERÍA, PESCA Y ALIMENTACIÓN (SAGPyA). 2005. **Estadísticas forestales (1998-2004).** Ministerio de Agricultura, Ganadería y Pesca. Presidencia de la Nación. Buenos Aires-Argentina.
- SECRETARÍA DE AMBIENTE Y DESARROLLO SUSTENTABLE (SAyDS). 2004. **Mapa forestal: actualización 2002.** Jefatura de Gabinete de Ministros. Buenos Aires-Argentina.
- SECRETARÍA DE AMBIENTE Y DESARROLLO SUSTENTABLE (SAyDS). 2005. **Primer inventario nacional de bosques nativos (1998-2001).** Jefatura de Gabinete de Ministros. Buenos Aires-Argentina.
- SECRETARÍA DE AMBIENTE Y DESARROLLO SUSTENTABLE (SAyDS). 2007. **Serie: estadísticas forestales (1993-2006).** Jefatura de Gabinete de Ministros. Buenos Aires-Argentina.
- SILVEIRA, M. L. 1997. *Concretude territorial, regulação e densidade normativa. Experimental,* 2(1): 35-45. Universidade de São Paulo. São Paulo-Brasil.
- SILVEIRA, M. L. 1999. **Um país, uma região. Fim de século e modernidades na Argentina.** FAPESP. LABOPLAN-USP. São Paulo-Brasil.
- SILVEIRA, M. L. 2003. *Por una epistemología geográfica.* In: R. Bertonecello, R.; A. F. Alessandri Carlos (comp.). **Procesos territoriales en Argentina y Brasil.** 13-26. Universidad Nacional de Buenos Aires. Buenos Aires-Argentina.
- STERN REVIEW. 2006. **Stern Review on the Economics of Climate Change.** UK Government. London.